



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



AL AMANECER

PAQUITA DUGANTIER, 18 años

PABLO DUGANTIER, 23 años

Son las cinco de una mañana de abril. Principal de una casa bellísima cuyas ventanas dan al boulevard Hausmann. Paquita Dugantier en *toilette* de noche, se dispone á acostarse. Su vestido de baile y las enaguas de seda que ha abandonado desbordan de las sillas. En ese instante llaman á su puerta.

PAQUITA.—¿Eres tú, Pablo?

PABLO, *á través de la puerta*.—Si.

PAQUITA.—Entra.

(Pablo entra. Viene de frac. Muy abatido).

PABLO.—He visto luz por la rendija. ¿Has vuelto hace rato?

PAQUITA.—Acabo de llegar. Me he desnudado al galope.

PABLO.—¿Te has divertido?

PAQUITA.—¿En casa de los Ribamont?... Cosa de morirse... ¡Algo así será el camposanto!

PABLO.—No importa. Cuenta. (*Toma asiento*).

PAQUITA.—Espera que me encaramé á la cuna. Cierra los ojos.

PABLO.—Adelante: no miro.

PAQUITA (*saltando con ligereza á la cama*).—Esto es hecho. ¡Ah, de todos modos se está mejor en el catre que en el suelo!—como dice la gruesa mamá Ribamont.

PABLO.—Charla. ¿Qué concurrencia?

PAQUITA.—Los de todos los días.

PABLO.—¿No hubo novedades masculinas?

PAQUITA.—Ni femeninas.

PABLO.—¿Has bailado?

PAQUITA.—He pasado por un sin fin de manos. Segura estoy de que conservo la huella de los dedos en la piel; ya ves si hubo entre esos imbéciles quien me amasara el talle.

PABLO.—Eso fué porque les gustabas de veras.

PAQUITA.—Pues ya ves, tan campante.

PABLO.—¿Por qué bailas, si te aburre el manoseo?

PAQUITA.—¿Qué voy á hacer con tus colegas?

PABLO.—Se echa un párrafo. Un cambio de ideas ingeniosas.

PAQUITA.—¡No está hablando de cambios! Yo soy el único interlocutor que las suministra. No; como trabajo, prefiero sacarles lustre á los pavimentos. Al menos, mientras bailan no hablan; eso salimos ganando.

PABLO.—Yo hablo, cuando bailo. Puedo perfectamente.

PAQUITA.—¡Oh, tú, tío! Claro, como que eres un mirlo blanco; no haces nada como los demás.

PABLO.—Es verdad. Hasta cuando me fastidio, me fastidio de un modo especial, mejor que los otros. ¿Con que tampoco esta noche me has sacado una cuñadito?

PAQUITA.—No.

PABLO.—¡Alerta! no hay que perder ripio.

PAQUITA.—Empiezo á hacer méritos de doncellona; lo veo de sobra. ¡Qué quieres! ¡Me asquean todos!

PABLO.—Sin duda. Pero eso no es una razón.

PAQUITA.—¿Crees que no?

PABLO.—¡Pardiez! Hay que casarse á pesar de todo. Merca el menos repugnante; con el tiempo mejorará, se desleirá, y al cabo de año y medio, cuando no sea para tí más que un padre... ¡Señor! tendrás por esposo á un caballero decente y á la moda.

PAQUITA.—¡Chico, eres un frescol!

PABLO.—¡Hija de Dugantier, el clásico administrador del *Crédito Angolés*, no puedes quedar sin empleo toda tu vida! ¿He dicho algo? Sobre todo con la linda dote que te cupo en suerte. Es preciso que algún hombre aproveche eso. Es la ley humana. ¿Serás egoísta?

PAQUITA.—La vida emparejada no me sonríe.

PABLO.—¡A la vicaría! Es un servicio obligatorio, y hay que tragarlo. Trágalo pronto y en paz.

PAQUITA.—¿Voy á parecerte ambiciosa? Quisiera que eso no fuese un servicio obligatorio. Querría casarme gustosamente ¿entiendes?... Empiezo por instantes á desesperar, pero de todos modos...

PABLO.—¡Pides lo imposible!

PAQUITA.—Aun así...

PABLO.—Lo imposible. He reflexionado más de lo que mi facha puede dar á entender; pues bien, he hecho esta profunda observación, gloria mía: todas las cosas indispensables de la vida, como venir al mundo, despatarrarse por todos los siglos, comer ó amar... son servicios obligatorios, cochinos servicios obligatorios. Los adornamos, los condimentamos ¡no faltaría más! Ponemos á su alrededor palabras y música, pero no hay salsas que valgan; á la postre hay que zamparse el infame pescado.

El matrimonio es uno de esos pescados, semejante al nacimiento y á la muerte. ¿Me dirás que no estamos obligados á casarnos? Pues sí; moralmente lo estamos. No creo de buen tono que el hombre esté solo. Me parece que alguien ha dicho eso.

PAQUITA.—Yo no soy un hombre.

PABLO.—No, y cuenta por ello con mi enhorabuena. Pero te debes á su felicidad, á la felicidad de Adán. Dios te ha sacado para eso de mi costilla.

PAQUITA.—¡De buena gana me hubiera quedado allí!

PABLO.—Dices barbaridades. No nos es dado escoger nuestra suerte. De otro modo, me hubiera metido en un pellejo distinto del mío. En fin, para concluir, lo que parece fuera de duda es que esta noche no has pillado al que debe ser el padre de tus hijos.

PAQUITA.—No. Me he aburrido como me aburro en todos los bailes de hace tres años á esta parte. Mamá, la pobrecita, me decía siempre mientras vivió:—¡Ah, chiquilla, mientras luego el mundo no te haga perder la cabezal—¡Cuidado que andaba equivocada!

PABLO.—Sí. Mamá era una optimista.

PAQUITA.—El mundo no me hace perder más que el corazón. Pero mamá lo adoraba.

PABLO.—¡Tomal ¡y pasado mañana es su aniversario!

PAQUITA.—Sí. ¡Hace ya ocho años!

PABLO.—¡Cómo pasa el tiempo!—
¿Quién te ha traído de casa Ribamont?

PAQUITA.—La señora de Lancourt. Casi siempre es ella quien me devuelve á casa, si está en la reunión y papá marcha antes de terminar.

PABLO.—¿Y se ha marchado esta noche?

PAQUITA.—Sí.

PABLO.—¿Ha vuelto antes?

PAQUITA.—Digámoslo así.

PABLO.—¡Pobre papá!

PAQUITA.—Cierto. Se equivoca absurdamente tomando esas precauciones. ¿Para qué tanto misterio?

PABLO.—Cree a pie juntillas que ignoramos que no duerme en casa.

PAQUITA.—¡Es infantill!

PABLO.—¡Como si á su edad no fuese libre de hacer lo que se le antojel ¡Bahl seamos buenos muchachos, no demos á entender que lo sospechamos... Honrarás padre y madre...

PAQUITA.—No temas. ¿Y tú? Te estoy leyendo en la cara que tus cosas no marchan á toda vela.

PABLO.—No del todo.

PAQUITA.—Has pasado la noche en el círculo?

PABLO.—Sí.

PAQUITA.—¿Y has perdido otra vez?

PABLO.—Trescientos luis.

PAQUITA.—¿Y los quinientos francos que te había prestado?

PABLO.—Barridos también.

PAQUITA.—¡Magnífico!

PABLO.—Pero te lo compensaré en seguida, en Auteuil. Hay un bicho llamado Capirote, á 17, en quien nadie repara... Verás como acierto.

PAQUITA.—Mi confianza no es desmedida. ¡Ah, bonitos estamos los dos!

PABLO.—Sí; lo cierto es que yo en el juego, y tu en el baile, cada cual en su esfera, tenemos hace algún tiempo una suerte perra.

PAQUITA.—Todas las noches, nos vemos á estas horas para cambiar impresiones...

PABLO.—¡Y cuidado que están anémicas nuestras impresiones! ¡Qué fea carita pones, hermanuca! Estás verduzca.

PAQUITA.—Y tú lila.

PABLO.—Es el amanecer lo que nos descompone. (*Va á la ventana y mira á través de las cortinas*).

PAQUITA.—El amanecer, y otros poemas. Tenemos en la cara el matiz de nuestras almas; ahí está el secreto.

PABLO.—¡Nuestras almas! ¡Nuestras almas!

PAQUITA.—¿No crees en el alma?

PABLO (*flojamente*).—Sí, un poco, cuando estoy enfermo; por otra parte....

PAQUITA.—¿Qué?

PABLO.—Nada. Creo que nos hallamos en el mundo para hacer determinados ademanes, siempre los mismos, á las mismas horas, y luego, buenas noches: ¡desplomarnos! Habrás visto á los barrenderos del alba—¿comprendes?—á esos míseros tunantes á quienes vemos hace tantas mañanas cuando volvemos por los anchos bulevares desiertos, y que, poquito á poco, barren las aceras y los arroyos vacíos, siempre con el mismo gesto monótono y circular, como segadores cansados de segar.

PAQUITA.—¡Oh, sí; son siniestros!

PABLO.—Pues eso somos; eso eres tu, eso soy yo. A nuestro modo hacemos lo mismo que ellos. Barremos esa puerca vida con el mismo aire apesadumbrado, con los mismos movimientos de fatiga. Barremos, barremos sin cesar; ¡hala! otra alegría, ¡hala! otra tristeza... Y empujamos todo eso delante de nosotros con la imbécil escoba que nos muele el brazo y que más de una vez deseamos soltar. Los que se matan son los que la sueltan.

PAQUITA.—¡Exageras!

PABLO.—No. Cuando bailas, con la eterna sonrisa cortés, tu vals vigésimo segundo, barres. Y yo, cuando repito

durante horas enteras: «¿Están los juegos, señores?» barro también.

PAQUITA.—¡Pero no recoges!

PABLO.—No. Todo eso es, enormemente melancólico.

PAQUITA.—Pues razón de más para creer un poco en el alma, Pablo, y en la inmortalidad. De otro modo la pesadumbre fuera insoportable. Papá cree.

PABLO.—Tal vez cuando haya vuelto, pero no en ese instante. Buenas noches hermanuca. Voy á anonadarme. (*La besa*).

PAQUITA.—Buenas noches. También yo debo pegar los ojos. Me estoy cayendo de sueño, y no obstante la impresión, no es agradable; tengo unas ganas tristes de dormir.

PABLO.—¡Siempre barrer! Lo barremos todo, hasta los sueños. ¡Ah, suerte condenada! (*Vase*).



HERMANO CATALINA

CATALINA BRESSOL, 29 años

ALBERTO VREMONT, 40 años

En casa de los Bressol. Saloncito modesto: un armonium, vistas de Jerusalén y sillones con sus cubre-espaldares de labor de gancho. Barrio del Observatorio. Sobre los muebles y la chimenea fotografías de niños á porrillo. Catalina y Vremont están solos esta tarde de mayo. Tiempo magnífico; abiertas de par en par, las ventanas permiten distinguir en lontananza los jardines del Luxemburgo.

VREMONT.—Piense usted que hace veinte años que soy amigo de su padre. La he visto á usted chiquitita así.

CATALINA.—Lo recuerdo muy bien.

VREMONT.—¿Tengo pues derecho á hablarle con el corazón en la mano, y puede usted oirme con la misma franqueza sin ruborizarse?

CATALINA.—Sin duda.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1025 MONTERREY, MEXICO

VREMONT.—¿Por qué no me acepta usted? ¡Dios mío, no será por no conocerme, después de tanto tiempo...! Sabe usted de sobra que no soy malo...

CATALINA.—Es usted un hombre...

VREMONT.—Veamos: ¿qué clase de hombre soy?

CATALINA.—Un hombre excelente, un corazón de oro...

VREMONT.—No soy un corazón de oro. Pero creo que pondría en su vida más felicidad de la que ahora tiene.

CATALINA.—Si y no.

VREMONT.—¿Qué significa eso?

CATALINA.—Nada; hablemos de otra cosa.

VREMONT.—No; quiero que tengamos hoy una explicación definitiva.

CATALINA.—Nos apenaremos mutuamente.

VREMONT.—El más apenado seré yo, como si lo viera. Respóndame: ¿no me quiere? Sea franca. No me enojará su lealtad.

CATALINA.—¡Yo, amigo mío! ¡Sí!

VREMONT.—¿Me quiere?

CATALINA.—Con toda el alma.

VREMONT.—¿Me quiere?

CATALINA.—Y me parece que desde siempre.

VREMONT.—¿Por qué me lo dice hoy, y no quiso decirlo antes, cuando se lo había preguntado tantas veces?

CATALINA.—En primer lugar porque hoy me obliga á declararlo. Y además, principalmente, porque hoy he tomado una resolución definitiva.

VREMONT.—Me amedrenta usted. ¿No serán eso vanas alegrías?

CATALINA.—¿Vanas alegrías? ¡Ah, pobre amigo!

VREMONT.—¿Qué va á decirme?

CATALINA.—Que no me casaré en mi vida.

VREMONT.—He aquí lo que aguardaba, he aquí lo que... Es loco, es criminal. ¿Por qué? Todo el mundo la impele á que se case: su padre, su madre, los niños... Todos la precipitan á la boda.

CATALINA.—Lo sé. ¡Precisamente aquí le quería á usted! Me lo dicen demasiado esas almas tan queridas. ¡Si no lo dijeran tanto! Su deseo es la mejor prueba de la necesidad de que me quede. Atienda: usted conoce la casa, no debo ya explicarle ningún detalle ¡y sabe cuanto agobia llevarla á cuestras!

VREMONT.—¡Soberbio! Permítame que le ayude. Amémonos. Casémonos. Cuenta con mi colocación de tenedor de libros en la *Semana Católica*. Algo es algo. Tengo además...

CATALINA.—No me interrumpa; deseo precisar todo escrupulosamente. A mis padres el tiempo no los remozca; y somos seis hijos.

VREMONT.—Cinco. No hay que contar á Alejo. Desde que está en los Espahís¹ se basta á sí mismo.

CATALINA.—De vez en cuando hay que mandarle todavía una libranza... Pero pongamos cinco, para no disgustarle. ¡Si entre los cinco hubiese á lo menos una hermana! ¡Pero son cuatro chicos! ¿Cómo quiere usted que abandone á esos cuatro muñecazos, si el mayor cuenta dieciséis años y el menor apenas diez? No han sido nunca mis hermanos; han sido mis hijos. Más que mamá, los he educado yo. He estudiado el griego y el latín para corregir sus deberes. Yo escribí siempre las copias que les impusieron como castigo.

VREMONT, *malhumorado*.—¡Y su mamá, ¿cómo pasaba el rato?

CATALINA.—¡Mamá! ¡Es una santa! No la acuse usted. No tenía tiempo para educar á los pequeños. Educaba á papá. (*Riendo*) Quiero decir que se ocupaba de él, y su servicio la monopolizaba. Además, la mala salud de papá, reclamaba que estuviese constantemente á su lado. El 82, tuvo que ir á Vichy... ¡Qué desazonadas estábamos!

VREMONT.—¡Bah! Se ha recompuesto magníficamente. Al envejecer, se ha robustecido.

CATALINA.—Lo parece. Pero no está

1) Caballería argelina.—*N. del T.*

muy sólido. Recuerde usted que pronto hará dieciocho años que es maestro de capilla en los Carmelitas y toca el órgano. ¡Y no ha faltado á ninguna fiesta, á ningún oficio, durante esos dieciocho años! Reconozca usted que esto es sublime. Por ello me envanezco de papá.

VREMONT.—Sí, pero hay algo que me parece más meritorio, y es la profesión que viene usted ejerciendo durante toda su juventud.

CATALINA.—¡Chitón! Va usted á decir tonterías atroces.

VREMONT.—Se ha matado usted dirigiéndolo todo: los padres, el hogar, los hermanos chicos y los mayores... ¿Y hoy quiere continuar así, sacrificar para siempre su vida, su porvenir? No, de ningún modo; fuera intolerable.

CATALINA.—Sí, Alfredo. Es necesario. No me apesadumbre; lo estoy ya más de lo que pueda sospechar. No puedo, no debo casarme. Mi lugar es este: esta casa; y aquí me necesitarán todavía por largo espacio. Lo digo sin orgullo: les soy indispensable á todos.

VREMONT.—¡Pero si seguiría quedándose aquí, con la única diferencia de que entonces fuéramos dos á ayudarles y hoy, en cambio se halla usted sola!

CATALINA.—No. Perteneciéndole, dejaría forzosamente de pertenecerles. O á lo menos no les pertenecería tanto, y su

debilidad me reclama entera. Desde el día en que ame más allá de ellos, les faltará el suelo en que se apoyan. ¡Son tan poco prácticos!

VREMONT.—¡Y usted! ¡Ah, usted no dá muestras de serlo gran cosa para alcanzar su felicidad!

CATALINA.—¡Psé! Mi felicidad es una cosa secundaria.

VREMONT.—¿Y la mía? ¿Qué opina usted de la mía?

CATALINA.—Con el tiempo sabrá usted pasarse de mí. Los hombres se acomodan en cualquier parte.

VREMONT.—¿Opina usted eso? ¡Qué crueldad! Hace tiempo que la amo á usted en silencio y la aguardo. Hoy me rehusa para siempre y como único consuelo me dice que acabaré por componérmelas. No, Catalina, nada de eso. O, si me acomodo en algún lado, será para mi daño, para enfermar y morir á causa de la comodidad.

CATALINA.—Tampoco. No se muere de dolor tan fácilmente y en un instante determinado. La tristeza y la miseria hacen vivir y sostienen con tanta eficacia como la dicha y la riqueza; y á veces mejor. Vivirá usted melancólicamente, sin llegar á la perfección de la dicha. Yo, me sentiré á menudo pensativa, sin ser enteramente dichosa. Pero los dos viviremos... como todos los demás mortales,

Señor... con las tres cuartas partes de los ensueños, sacrificados, y la última parte mal realizada.

VREMONT.—¿Y qué nos va á quedar para distraernos y fortalecernos?

CATALINA.—La melancolía de no haber sido felices, si nos sobra tiempo.

VREMONT.—¡Eso es todo lo contrario de la esperanza, pobre Catalina mía! ¡Y este es un acerbo vivir!

CATALINA.—No; la melancolía de no haber sido feliz, no daña; está permitida á los débiles, á los pequeños, á los desdichados, á los pacientes. Aún les es saludable. Este dulcísimo pesar es la poesía de la abnegación, la mirada que dirigen atrás los resignados, el suspiro que escapa cuando el deber nos agobia con su reciedumbre. No nos prohibamos las melancolías; tenemos derecho á ellas; son algo así como las moneditas de cobre en que se cambia el oro de nuestros sacrificios.

VREMONT.—Dice usted bellas frases, Catalina. Pero es lo cierto que somos atrozmente desdichados. ¡Y en tan hermoso día! ¡En este instante, bajo este sol que inspira anhelos de viaje, hay gentes que se quieren y que marchan descuidados, dándose la mano, no pensando más que en su dicha!

CATALINA.—¡Qué quiere usted! Y además, no sea usted tan novelesco,

La novela no se ha hecho para nosotros.

VREMONT.—No soy novelesco.

CATALINA.—Un poco. Lo somos á menudo en la más pequeña esfera, siempre más de lo que imaginamos. ¿Por qué ha amado usted á esta Catalina, que ni es joven...?

VREMONT.—¡Oh, oh!

CATALINA.—Treinta años, el año próximo.

VREMONT.—¡Bravo! ¡Si yo tengo cuarental

CATALINA.—Ni joven ni bella. Podría decirse más: que es fea. Tengo grande la boca, gruesa la nariz. Nada verdaderamente femenino. Ni gracia, ni un ochavo de elegancia. ¡«Hermano Catalina»! como me han bautizado los chiquillos. Y á usted se le antoja casarse con el Hermano Catalina. Eso es novela, amigo mio, novela de folletín. Volvamos á la realidad. Dentro de poco, volverán Pedro y Gastón; deberé darles su lección de geometría. ¡Eso es la historia! Y luego vigilaré la comida, porque nuestra vieja Marta no tiene la mano tan segura como en los días lejanos; y habrá crema abuñuelada esta noche, y si no tomo cartas en el asunto, vendrá horizontal como un lenguado. ¿No se ríe?

VREMONT.—No tengo ganas de reír...

CATALINA.—¡Ah, tampoco yo las ten-

gol! Pero me hago violencia. Hay que hacerse violencia. Si no me metiese en cintura, si pensase como usted en las gondolrinas y en el cielo azul, ¡dijos todo mi valor! Inmediatamente me desplomaría, y la casa lo mismo, y padre, madre, los pequeños, todos desplomados. Estemos alegres, estemos alegres para cumplir nuestro deber é infundir á los demás el deseo de cumplir con el suyo,

VREMONT, *triste*.—Estemos alegres; me parece bien. Conque ¿nunca?

CATALINA.—Ahora no; esto es cuanto puedo decirle.

VREMONT.—¿Y más tarde?

CATALINA.—No sé... No me atrevo... No podría fijar un plazo... precisar nada. No obstante...

VREMONT.—No obstante... ¡prosiga!

CATALINA.—Dentro de algunos años, después de mucho tiempo... si la mucha remisión no le espanta demasiado... cuando los chiquillos sean personas mayores, y estén colocados, cuando padre y madre... ¡Nobles corazones, amores míos!... ¡Ay, no pueden vivir eternamente! Tal vez entonces... cuando esté sola, si usted abriga las mismas ideas...

VREMONT.—¡La aguardaré á usted, Catalina, la aguardaré!

CATALINA.—Gracias. Entonces, en aquellas edades, seré su mujer. ¡Dios mío cuán vieja voy á ser!

VREMONT.—Yo voy á estar enteramente cano. ¡Pero cuán bellamente nos habremos obtenido uno á otro!

CATALINA.—Creo que tendremos derecho á ser felices.

VREMONT.—Lo soy ya. (*Toma sus manos y las besa*). ¡Te amo tanto, hermano!

CATALINA, *retirando las manos*.—¡Silencio! Oigo á padre y madre en la antecámara. Es preciso que no sospechen que nos amamos de otro modo que como amigos.

VREMONT.—¿Ocultárselo? ¿Por qué?

CATALINA.—Porque son tan buenos, que querrían que nos casásemos en seguida... y no debemos.

VREMONT.—¡Ay, es verdad! ¡Lo olvidaba!



DULCES AMIGUITAS

JUANA LEMARQUIS, 18 años

PAULINA BRESSEUIL, 20 años

PAQUITA DE CYRAN, 20 años

SEÑORA CHAINON, peinadora

En casa de los Bresseuil, á las seis de la tarde. Delante de un espacioso tocador, que le permite verse por todos lados y en todas direcciones (tal es es el número de sus espejos), Juana, peinada á lo Ofelia—cabellos dispersos con flores entremezcladas—habla y gesticula con la mayor animación. La señora Chainon acaba de empolver á Paulina para la comida de «testas» que se va á dar en la casa. El tocado de Paulina nos retrotrae á los últimos tiempos de Luis XVI.

JUANA.—Te digo que es cosa averiguada. Torigny, el chico Torigny, el guapo, el único, se casa con Paquita, con nuestra amiga Paquita de Cyran.

PAULINA.—¡Por Dios, Juana!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AV. 1625 MONTERREY, MEXICO

JUANA.—¡Qué gracia! ¿No me vas á creer?

PAULINA.—Me haces soltar la carcajada.

SEÑORA CHAINON.—Señorita, si se mueve usted así, van á escapárseme las hebillitas.

JUANA.—¿No te digo que me consta por mi primo, que es amigo íntimo de Torigny? La boda es cosa resuelta, archirresuelta.

PAULINA.—Disuelta.

JUANA.—Escúchame, en vez de querer parecer ingeniosa. Hasta le ha dado el anillo. ¡Ya ves si pasa adelante! ¡Un rubí gordo como el puño, chiquilla!

PAULINA.—Pero mujer, tu puño no es enorme.

JUANA.—Como puño, no; pero como rubí me parecería de un tamaño respetable.

PAULINA.—Bueno ¿qué le vamos á hacer? Tanto peor si es cierto.

JUANA.—¿Tanto peor para quién, vamos á ver?

PAULINA.—Para los dos.

JUANA.—Lo que yo pensaba, exactamente. ¡Por eso me enfurezco!

PAULINA.—Eres demasiado buena. ¿Qué te importa que Torigny se case? ¿Te apetecía?

JUANA.—¿A mí? ¡Virgen Santa, ni

por asomo! ¿Estás loca? ¿Has perdido la cabeza?

PAULINA.—¡Mujer! Hace un instante me chocó el retintín con que decías: ¡el guapo Torigny!

SEÑORA CHAINON.—Y la señorita no es una excepción. Muchas señoras que yo peino no le nombran de otro modo. ¡Ah! tengo no pocas clientes que rabiarán cuando se enteren de la boda.

PAULINA.—Por mí, que rabien. Yo no le encuentro guapo á ese caballero. Ni por asomo.

JUANA.—Ni yo. Le llamaba así por ironía. En primer lugar, es bajo.

PAULINA.—De mediana estatura.

JUANA.—Bueno, ni bajo ni alto. Es indefinible. Y eso me encocora. A mis ojos, hay que ser lo uno ó lo otro, con mucho relieve.

PAULINA.—¿Don Quijote ó Pulgarcillo?

JUANA.—Sin duda. Además, usa barba.

PAULINA.—Es lo mejorcito que tiene. ¡Una barba ensortijada! Es un encanto, la barba de Torigny. Idéntica al astracán de los manguitos.

JUANA.—Crin de silla nada más. ¿Sabes lo que se dice por ahí?

PAULINA.—No. Dilo inmediatamente.

JUANA.—Pues que se sirve de plomillos para rizarse el pelo, antes de acostarse.

PAULINA.—¡Oh, parecerá un querubín!

La noche de novios, Paquita gozará de un bonito panorama.

SEÑORA CHAINON.—Estas señoritas son terribles.

PAULINA.—Baila muy bien; ¿á qué negarlo?

JUANA.—No baila mal. Pero le deleita su propio valsar, se eterniza, gira demasiado muelle, demasiado perfilado, demasiado azucarado. Prefiero á cualquiera menos perfecto, pero más nervioso.

PAULINA.—Lo cierto es que á menudo parece algo ridículo con su aureola de director de cotillón.

JUANA.—En una palabra, no es más que un panoli.

PAULINA.—¡Juana!

SEÑORA CHAINON.—¡Oh, señorita! ¿Quién sospecharía que una señorita tan bien educada...?

JUANA.—¡Oiga! ¿Es eso una palabrota? ¿Tiene algún feo significado?

PAUBINA.—No. Pero...

SEÑORA CHAINON.—No es muy distinguida.

JUANA.—Mi hermano la emplea constantemente.

SEÑORA CHAINON.—En primer lugar, su hermano es hombre, y además es militar.

JUANA.—No se les exige tanto. Comprendido. Retiro mi panoli. No por eso

será Paquita más dichosa. ¡Bah! ¡en-cadenarse por un rubí! no vale la pena.

PAULINA.—Hablando con franqueza, no puedo imaginármelos casados.

JUANA.—No veo ni un trazo que les sea común, amiga mía; ni un gusto, nada. ¡Ah! no saltará de gozo Paquita todos los días.

PAULINA.—Eso, sin contar que él es capaz de pegarle.

JUANA.—Me abres nuevos horizontes. La pegará. ¿Qué duda cabe? La aporreará.

PAULINA.—Es muy violento. En el fondo, tiene un carácter asqueroso. Egoísta, bellaco, siempre replegado sobre sí mismo. Es un caballere de tanta negrura como lustre. ¡Toma! se parece á su barba.

JUANA.—Le has definido. ¡Pobre Paquita! ¿Y si la advirtiéramos?

PAULINA.—Es delicadísimo.

JUANA.—Sí; tienes razón. Si debe sufrir, será mejor, aun en su interés, que no impidamos nada.

PAULINA.—No tardará en comprender que ha cometido una tontería. ¿Para qué decírselo antes?

SEÑORA CHAINON.—Las señoritas obran discretamente. No hay que poner nunca los dedos entre el hacha matrimonial y el tronco. Vaya; su tocado empieza á

tomar buen aspecto. (*Le tiende un espejo de mano*).

JUANA.—¿Quieres que te diga otra cosa de Torigny?

PAULINA.—Sí; ¿cuándo mejor que ahora?

JUANA.—Pues bien; gasta dientes postizos.

PAUBINA.—¿No serán todos?

JUANA.—No. Ocho ó diez. Los que se ven. Los más resplandecientes.

PAULINA.—¡Oh!

JUANA.—Y aseguran que lleva un corsé que le sujeta el talle, porque sin él le vacilaría, se le desplomaría. ¿No te has fijado nunca en su espalda?

PAULINA.—No. No miro nunca las espaldas de los caballeros.

JUANA.—Pues yerras. ¿No miran ellos la nuestra? Tiene protuberancias su dulce espaldita. Antes de dos años el chiquillo andará con su joroba á cuestras. Uno de nuestros más lindos corcovados.

SEÑORA CHAINON.—La señorita Juana exagera. Los que la oyesen creerían que es mala, y además que dice todo eso por despecho.

JUANA.—¿Despecho de qué?

SEÑORA CHAINON.—De ver que Torigny se casa.

JUANA.—¡Ah! ¡Soberbio! ¡Dice usted cosas repugnantes!

SEÑORA CHAINON, *rectificando*.—O me-

gor dicho, de ver que se casa Paquita de Cyran.

PAULINA, *cogida*.—Cierto que Paquita es más joven que nosotras. Hubiera podido aguardar á que estuviésemos colocadas.

JUANA.—¿Qué significa eso? Que no es exigente, y que se echa en brazos del primero que llega: es indudable. Si cree usted que me importa un comino que Paquita vaya á la vicaría y se case con todos los Torigny de la tierra, estará usted á pique de meterse el hierro de rizar en el ojo, mi querida señora Chainon, con sus visiones.

PAULINA.—¡Pues lo que es á mí...! ¡Me tiene sin cuidado, absolutamente sin cuidado!

JUANA.—Cuanto decimos, obedece exclusivamente á nuestro interés por Paquita, que es una buena amiga nuestra.

PAULINA.—Va á hacer una gansada, lo cual nos apesadumbra. No es más que eso.

JUANA.—¡Claro! Y, á propósito, no tiene gran prisa en llegar, Paquita.

SEÑORA CHAINON.—¿Forma parte de la comida?

PAULINA.—¡Sin duda! ¿Quién fuera invitado si ella faltase?

SEÑORA CHAINON.—¿Qué cabeza traerá?

JUANA.—¡Pardiez! Risueña y satisfechísima.

SEÑORA CHAINON.—No es eso. Me refería á la cabeza artística.

PAULINA.—Labradora napolitana.

JUANA.—¡Cosa más vulgar!

PAULINA.—Es lo que le sienta mejor. *(Ruido á la puerta. Lllaman).* Adelante.

PAQUITA DE CYRAN, *haciendo irrupción, muy gozosa.*—Soy yo. Buenas tardes, buenas noches. ¡Oh, qué guapas estáis! ¿Cómo vamos desde anteayer?

PAULINA.—Lo mismo. ¿Y tú?

PAQUITA.—¿Yo? Pues...

JUANA.—No temas expansionarte: esta es la señora Chainon, la primera peinadora de París. La fosa común de los secretos.

SEÑORA CHAINON, *amablemente.*—Señorita... *(Sonríe á Paquita).*

JUANA.—Dínos tus entusiasmos de novia. Háblanos de tus últimos ramos, de tus regalos. Eres dichosa ¿verdad? Estarás como unas castañuelas. Tanto mejor para tí, chiquilla. No pierdas ripio.

PAULINA.—Sí; es lo que estábamos diciendo:—¡Dichosa Paquita!—No es raro que sea feliz ¡lo merece tanto!

JUANA.—Ya sabes que te queremos locamente.

PAULINA.—Con que no te sientas cohibida... Ostenta tu pasión; deslúmbranos sin reservas. Torigny es uno de los hombres más elegantes que actualmente en-

cierra el mercado de París, y puedes envanecerte de tu suerte legítimamente.

SEÑORA CHAINON, *con malicia.*—Más de una se la envidia, señorita.

PAULINA.—Nosotras, no. Pero la señora Chainon tiene razón.

PAQUITA.—¡Ah! ¿Ha concluído vuestro chubasco? ¡Por fin! Pues bien, miradme ahora de hito en hito. ¿Tengo alegre cara?

PAULINA.—Más que alegre. Extática.

JUANA.—Está radiante.

PAQUITA.—¿Sabéis por qué? Porque está todo deshecho.

PAULINA.—¿Qué?

JUANA.—¿Qué has dicho?

PAQUITA.—Que todo está deshecho, aniquilado.

JUANA.—¿Ya no te casas?

PAQUITA.—No.

PAULINA.—Pues ¿y el anillo?

JUANA.—¿Y el anillo?

PAQUITA.—Devuelto. Ayer tarde.

JUANA, *triste.*—¡Oh, pobrecilla!

PAULINA, *abatida.*—¿Qué estás diciendo?

JUANA.—En el fondo, debe de oprimírsete el corazón.

PAQUITA.—Nada de eso.

PAULINA.—Eso es bueno para dicho. Pero interiormente, estás apesarada, y es muy natural.

PAQUITA.—Insisto en que no hay tal cosa.

JUANA.—Le adorabas.

PAQUITA.—Todavía no.

JUANA.—Tanto peor. Lo merecía.

PAULINA.—Tardarás un poco en dar con un partido equivalente.

JUANA.—Reunía todas las condiciones.

PAULINA.—El físico.

JUANA.—La dignidad.

PAULINA.—La inteligencia

JUANA.—El corazón.

PAULINA.—El rango.

JUANA.—La fortuna.

PAULINA.—Todo.

PAQUITA, *estalla*: — ¡Me estáis cargando!

PAULINA.—Ya ves, nos injurias. Eso demuestra que estás fuera de tino.

JUANA.—Excuso tu estado. En tu lugar, me sentiría archi-humillada.

PAQUITA.—¿Por qué? ¿Por qué?

JUANA.—Señor, por verme plantada así, en vísperas de boda.

PAQUITA.—Yo soy quien le ha plantado, tonta. Yo soy quien le ha enviado á freir espárragos. ¡Señor! ¿por quién me habéis tomado?

JUANA.—En tal caso, no comprendo una palabra.

PAULINA.—Quedamos enteramente á oscuras.

PAQUITA.—Pues muy sencillo. Ha de-

jado de gustarme, he juzgado que nunca sería dócil, y le he dado las dimisorias, sin vacilar. De modo que si ahora os tiente...

JUANA.—¡Oh, amiga mía!

PAULINA.—Te precipitas.

PAQUITA.—Puesto que le halláis tan perfecto, tan superior, no hay más que ir allá y seguir mis huellas.

PAULINA.—No lo esperes.

PAQUITA.—Como gustéis. Y conste que os sé de memoria, queriditas mías. Os conozco á fondo.

JUANA.—¿De veras, monina?

PAQUITA.—No soy yo quien está fuera de tino: sois vosotras.

PAULINA.—¡Nosotras! ¡Tiene gracia!

JUANA.—¿Y á propósito de qué, Dios mío?...

PAQUITA.—Porque Torgny os arrebató.

JUANA.—¡Nos arrebató! Lo pulverizá- bamos antes de tu llegada.

PAQUITA.—Eso es. Os irritaba que hubiese pedido mi mano con preferencia á la vuestra, y ahora estáis furiosas porque le he aviado con tanto sosiego. ¿No es así? Veamos, (*á la señora Chainon*) dígamele usted, señora, que parece llena de experiencia. ¿Me equivoco? ¿No responde?

PAULINA.—No se atrevería.

SEÑORA CHAINON, *á Paquita*.—Su na-

politana se inclina á la izquierda; permítame que la enderece.

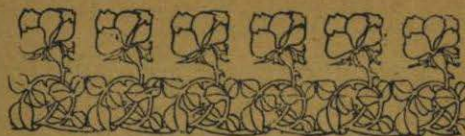
JUANA.—Diga usted inmediatamente todo lo contrario, señora Chainon: que nosotras decimos la verdad y que Paquita es una chiquilla intolerable.

PAULINA.—Dígalo.

PAQUITA.—No lo diga usted.

SEÑORA CHAINON.—¡Les responderé á ustedes cuando estén casadas las tres, y peine á sus hijas, eal Pero entre tanto, sé muy bien lo que haría en su lugar; votaría unos besos mútuos.

PAQUITA.—Razón tiene; besémonos. *(Sueltan la risa)* ¡Cuidado que fué ton-tuna la nuestra!



EN EL LOCUTORIO

JUANA LAUDUN, 15 años

PEDRO LAUDUN, 17 años

En París, en el convento

PEDRO.—¡Ola! ¿Cómo vamos, serrana? *(Besa á su hermana que acaba de llegar, y se sientan los dos).*

JUANA.—Bien. ¿Y tú?

PEDRO.—Bebiendo el tiempo á pequeños sorbos. Hoy vengo también solito.

JUANA.—Mamá no pudo venir; tenía que ir de compras toda la tarde.

PEDRO.—Sí. ¿Lo sabías?

JUANA.—Conozco el estribillo. Casi cada semana lo repite, esa madre ejemplar.

PEDRO.—Te prometo que esta vez no es burla. Le hablan señalado hora en casa de Doucet.

JUANA.—Muy bien. Es su locutorio, Doucet. Yo mientras tanto...

PEDRO.—¡Oh, monina! ¡Pues y tu hermanito! ¡tu querubín!... ¿Seré un cero á la izquierda?

JUANA.—Sí. También podrías tú ir de compras, deberte á tus quehaceres... Y á pesar de todo vienes á ver á tu encloastrada; eres encantador.

PEDRO.—La patrona me ha encargado que te besase muy recio y te preguntase si te faltaba algo,

JUANA.—Dile que nada, excepto ella.

PEDRO.—Se lo diremos.

JUANA.—¿Y papá?

PEDRO.—Marchando.

JUANA.—¿Sigue bien?

PEDRO.—Nada mal. Y lo que es ahora, está lo más guapo. Todos los años, durante el período del Concurso Hípico, entra en una linda fase. También él quiso venir á hacerte unos mimos.

JUANA.—¡Luego se presentaron los obstáculos! ¡Qué casualidad!

PEDRO.—Me ha rogado que te besara recio.

JUANA.—¡Te cargan de besos de un modo espantoso! ¡Estarás de eso hasta la coronilla!

PEDRO.—Hablemos de tí. Y ante todo, deja que represente á los papás. ¿Hubo composición?

JUANA. Sí, papá.

PEDRO.—¿De qué?

JUANA.—De Historia de Francia.

PEDRO.—¿Fuiste...?

JUANA.—El número doce.

PEDRO.—¿Entre...?

JUANA.—Diecisiete.

PEDRO.—No me parece muy brillante, hija mía.

JUANA.—Y después hubo composición de cálculo; y fui la segunda.

PEDRO.—¡Bravo! Serás una plutócrata.

JUANA.—Con mucho gusto.

PEDRO.—Lo deseo. ¿Y el comportamiento?

JUANA.—¡Pse! Desmedradillo.

PEDRO.—¿Te darán el gran cordón de la prudencia cuando la liquidación?

JUANA.—¿A fin de mes? No lo creo. La semana última empecé con buenos auspicios, pero luego naufragué. ¡Qué! ¿No te das cuenta de que me retiraron, ayer, mi cruz del pecho? Es el peor castigo, camarada.

PEDRO.—¡Pero á qué te habrás atrevido, Dios mío! ¿Le habrás sacado la lengua á la Madre generala?

JUANA.—No: armé zalagarda en la clase de aguja. Me convertí en un ciclón por obra y gracia de los pantalones de mamá.

PEDRO.—¿Qué diablos es eso?

JUANA.—¿No estás enterado? La última

vez que salí de casa, sus traje unos pantalones maternos porque lucían en el bajo un entredós hechicero, de guipur, que yo quería reproducir en crochet. Ayer, en la clase de aguja, tenía el pantalón en el bolsillo. Hacía un bulto colosal. La Madre Violeta lo advirtió.

—¿Qué lleváis acá, hija mía?—Nada, madre.—Mentís, hija mía. Sacad inmediatamente el paquete que ocultáis.—Vino hacia mí, y exhibió el pantalón. Y ¡pardiez! Cuando lo desdobló y vió los entredosos y las cintas rosas... se puso escarlatá, y luego negra; creí que iba á estallar de golpe y porrazo, sin los auxilios de la religión.—¿Quéés eso? ¡Decíme qué es eso!—En vano le repetía:—Unos pantalones de mamá.—Mentís. Nunca una madre cristiana...—Entonces ¡pardiez! salí en defensa de mamá, perdí el seso, y dije sin duda cosas despampanantes. La Madre Violeta me retiró la cruz, y redactó una comunicación, amiguito, en la que me llamaba «diabólica».

Pedro.—¿Y el pantalón?

JUANA.—Confiscado en la dirección, bajo el poder de la Madre Antígona.

Pedro.—Pues bien, chiquilla, me parece, en vista del lance, que nuestros antepasados obraron cuerdamente no comparciendo hoy; nada de eso les encantaría, y hubieses recibido un so-

plamocos de los que hacen época. A mis ojos, eso no tiene tanta importancia y se lo contaré á mi modo... paliándolo... Pondré de relieve el humorismo de la situación.

JUANA.—Gracias.

Pedro.—Mientras tanto, te he traído pasteles. (*Pone un paquetito en sus rodillas*).

JUANA.—¡Oh! ¡triquín miol (*Desarrolla el papel, y come*)! Adoro los *relampagos*; parece que una coma terciopelo. Terciopelo con café. ¿Qué te altera allá abajo, detrás de tí?

Pedro.—Nada.

JUANA.—Hombre, sí; te has vuelto varias veces.

Pedro.—Miro á esa rubia tan bonita que está con un señor sedeno.

JUANA.—Es Alicia de Vergonnes con su abuelo el marqués. Va á la clase bermellón como yo. ¿Tiene bonita cara, verdad?

Pedro.—Toma ¡ya lo creol!

JUANA.—¡Y lo que es más, un cuerpo exquisito, chico! Es mi vecina en el dormitorio; somos amigas hasta el martirio; nos lo contamos todo; nos confesamos una á otra. ¿Has visto? Me está sonriendo. Su padre está divorciado porque su madre amó fuera del hogar á un oficial belga. Y éste, el viejo modelo estupendo, es su buen papá, que le deja-

33027

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Méx. 1925 MONTREMY, MEXICO

rá toda su fortuna, amasada en las minas de oro. Tiene setenta y ocho años, juega todavía al polo y se tiñe de blanco para mayor *chic*. Dice que quiere morir á la moda. Yo querría un marido así. ¿Con que te gusta mi amiga?

PEDRO.—Una miaja.

JUANA.—Se lo diré en seguida, en la capilla. ¡Oh, lo sabrá antes del *Tantum ergo!*

PEDRO.—Encantado.

JUANA.—Y el miércoles próximo te diré lo que me haya dicho propósito de tí.

PEDRO.—Eso es. Eres una hermanita encantadora. (*Sigue mirando á Alicia, desde lejos, con atención*). ¿Y estos cabellos son suyos, estás segura?

JUANA.—¡Hombre! ¿Te has vuelto loco?

PEDRO.—Mil perdones. Olvidaba que aquí... y á vuestra edad... Claro que estos cabellos solo pueden ser suyos. Pues señor, mi más sincero aplauso.

JUANA.—Se lo transmitiré. Y que no lo ves todo, muchacho. Tiene como un cortinaje de pelo. Cuando se lo suelta en el dormitorio, cae sobre ella una avalancha... Tendría bastante cabello para hacerse con él una *salida de baile*. ¡Oh, la quiero entrañablemente! Pero, á pesar de todo, no es feliz. Dice que la vida la aburre, y que más tarde, cuando sea

mayor y pueda salir sola á pie, lo mandará todo á paseo. Yo entonces la consuelo lo mejor que puedo, le hago dibujillos de colores, le doy estampas. Y luego se calma. (*Suena una campana*).

PEDRO.—¿Qué es eso?

JUANA.—El primer toque. Nos queda tiempo todavía.

PEDRO.—De todos modos, voy á escapar, monina.

JUANA.—Un segundo. ¡Ah, vaya si me gustaría tener el pelo de Alicia! Figúrate que el otro día pillé además diez malos puntos á causa de esto... me los endilgó nuestra hermana Arcadia. Me había puesto papillotes durante la noche para rizarme. Debí de exagerar; á la mañana siguiente lo advirtieron y fui castigada. Y eso que estaba encantadora, como no puedes figurarte: se me abultaba el pelo por ambos lados, y todas las pequeñas de la primera comunión me dijeron que me parecía al cura de Ars.

PEDRO, *levantándose*.—Adiós.

JUANA.—Adiós. ¿Y á dónde vas, blanco tortolillo?

PEDRO.—Hoy es día de locutorios; voy á estrechar la mano á mi amigo Pablo Fougeray. (*Oyese de nuevo la campana*).

JUANA.—¿En el liceo Luis Gonzaga?

PEDRO.—Sí; este es su último año.

JUANA.—¿Su filosofía?

PEDRO.—Tú lo has dicho. Pablo es un alegre filósofo. ¿Le has visto á menudo en casa conmigo?

JUANA.—¡Vaya! Le conozco muy bien. Le he hablado la mar de veces. Me gusta bastante.

PEDRO.—¿De veras? Se lo diré al vapor.

JUANA.—¡Hombre, no!

PEDRO.—Al cabo de diez minutos de mi *Bréguet*, sabrá que mi hermanita suspira por él.

JUANA.—No hagas tontadas, te lo suplico.

PEDRO.—No te azores. ¿Me parece que has podido apreciar mi tacto?

JUANA.—No importa. Te prohíbo que le digas nada á Fougeray.

PEDRO.—Te mueres de ganas de que desobedezca.

JUANA.—Me voy á indignar.

PEDRO.—¿Pues no vas tú á decirle á tu amiga Alicia que me sorbe el seso?

JUANA.—No es lo mismo. Y luego, si te molesta, me lo dices y me callaré como una muerta.

PEDRO.—No, mujer... Nada de eso. Yo no temo comprometerme. Ea, puesto que debe disgustarte tanto que le hable de tí á Fonseray, no te molestes, hermanita; seré una tumba. ¿Estás satisfecha?

JUANA.—Ahora exageras. No le hables de mí, pero...

PEDRO, *riendo*.—Pero dáselo á entender...

JUANA, *maliciosa*.—Con mucha cautela...

PEDRO.—¡Ah, bribonzuela! ¡Te sé de memoria! ¡Poco se va á divertir tu maridito!

JUANA.—¡Pues y tú! ¿Crees que no te adivino?

UNA HERMANA, *de paso*.—Señorita Laudun, ha sonado el segundo toque. Le marco un mal punto.

JUANA, *exasperada*.—Hermana, allá voy; no pensaba en otra cosa. (*En voz baja á su hermano*). Es ese engorro de Arcadia. (*Escapándose*): ¡Qué lata, el colegio! ¡Qué lata!



¿CUAL DE LAS DOS?

LUISA, 26 años.

ANITA, 17 años.

Luisa entra, sin ruido, en el cuarto de Anita y se detiene, estupefacta al ver á su hermana llorando á lágrima viva.

LUISA.—¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?
ANITA, *muy aburrida de que la haya sorprendido*.—Por nada. Ya pasó.

LUISA.—Dime por qué lloras, hermanita.

ANITA.—No sé. Achaque nervioso. Cosa del tiempo.

LUISA.—¡Por Dios! Yo te lo diré. Fué por lo de ayer.

ANITA.—¿Lo de ayer?

LUISA.—No intentes engañarme. Llorabas por la respuesta que papá y mamá dieron ayer á...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"MATEO CANTO"
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MEXICO

ANITA, *con precipitación*.—¿A ese muchacho? No... De ninguna manera.

LUISA.—Sí, mujer; la respuesta que dieron á Pablo Raynaud, que les pedía tu mano.

ANITA.—Te juro...

LUISA.—Nada jures. Es inútil que finjas conmigo, con tu vieja hermana... ¿Acerté?

ANITA, *trabajosamente y en voz baja*.—Sí.

LUISA.—Lo hubiera apostado. (*Agarrándola por el cuello*). Abrázame enseguida, y muy fuerte. Es una tontería, una ridiculez enorme que te apesadumbres por títeres así, por un mozalbete...

ANITA.—¡Por un marido!

LUISA.—¡Vaya un encanto! Se pierde uno y se ganan diez.

ANITA.—¡No exageres!... Eres deliciosa; hablas de eso muy despachadamente.

LUISA.—¿Qué supones?

ANITA.—Nada. Pero empiezo á cansarme de mi situación... (*Su voz tiembla*). Eso me humilla... (*Rompe en llanto*).

LUISA.—¿Qué te humilla?

ANITA.—¡Eso, mujer!... Ver que piden constantemente mi mano y nunca se concede... Acaba por enterarse la sociedad... de todas partes; de París y de provincias... y eso me daña. Nadie encuentra eso inteligible; se preguntan:

—¿Qué gato encerrado habrá ahí? Sin duda pasa algo enorme.—¡Quizá suponen que tengo dolencias ocultas! (*Llora*).

LUISA, *acariciándola*.—¡Qué cosas dices, cielo! ¿Que piden constantemente tu mano? ¡Y te quejas! ¿Qué dirías en mi lugar? No han pedido nunca la mía; paso inadvertida, como si no existiera. ¡A ver! ¿te hallas sin argumentos?

ANITA.—En tu lugar lloraría diez veces más: eso es todo.

LUISA.—¡Eficacísimo remedio! ¿Crees que por eso subiría más pronto al altar? Vaya, no te ensombrezcas y seca tus ojos. Dentro de poco—acuérdate de mis palabras—va á cambiar todo.

ANITA, *incrédula*.—¡Oh!

LUISA.—No hay ¡oh! que valga. Va á cambiar, porque he tomado una grave resolución. Ahora mismo, al llegar á tu cuarto, venía precisamente para dárte-la á conocer. ¿Te sientes más tranquila?

ANITA.—Sí; pero no adivino...

LUISA.—Oye: te quiero con toda el alma ¿lo sabes?

ANITA.—¡Y yo á tí!

LUISA.—¿Estás segura de que no tengo celos de mi Anita? Todas las felicidades que alcances, aunque fuere un poco á mis expensas, me dán más contentamiento que si las alcanzara yo.

ANITA.—Eres muy buena.